

sacado del limbo; pero cuando haya consumado, al fin de los siglos, la dedicacion de la eterna Jerusalem, entrará lleno de gloria al frente de todos los elegidos: «Paz en esta casa,» dice el Obispo al poner el pié en la iglesia, y el clero canta una antífona, en que pide á Dios esta paz tan necesaria á la dicha y á la salvacion del hombre. Terminada la antífona, todos se postran de rodillas en medio de la iglesia, y el Obispo entona el himno *Veni, Creator*, para pedir su auxilio y sus luces al Espíritu Santo.

Se recitan otra vez las Letanías de los Santos para implorar su asistencia, y son seguidas del *Benedictus*. Durante este cántico, el Obispo forma con su báculo sobre dos regueros de ceniza, que se han hecho en figura de cruz de San Andrés (X) de un extremo á otro de la iglesia, las letras del alfabeto griego y latino (1). Sobre el uno están las letras griegas y sobre el otro las letras latinas, escritas de tal modo, que la primera y la última letra de cada alfabeto se halla colocadas en los cuatro extremos de la iglesia.

La reunion del griego y del bárbaro en el seno de la Iglesia, el poder de la cruz y la victoria de los Apóstoles, son las cosas que representa esta enérgica ceremonia, á la cual sigue otra no menos solemne é instructiva. El Pontífice va á bendecir los altares y las paredes interiores de la iglesia; no se servirá del agua que ha empleado para santificar la parte exterior del templo, sino que bendice allí otra en la cual mezcla sal, ceniza y vino. Jesu-

(1.) No se emplean los caracteres hebreos, para indicar la perfidia de los judíos, aunque el hebreo sea una de las tres lenguas sagradas.

cristo es quien nos ha abierto el cielo y da la santidad á nuestra iglesia, donde se digna hacer su morada. El agua, sal, y la ceniza y el vino, símbolo de su divinidad y de su humanidad, de sus ignominias y de su gloria, de su muerte y de su resurreccion, recuerdan esta doble verdad.

Despues de una magnífica oracion, en la cual el Obispo enumera todas las cualidades del agua que acaba de bendecir, y los maravillosos efectos que de ella espera, se acerca al altar, si debe consagrarle, y mientras cantan el salmo *Judica me*, etc., *Juzgadme*, etc., toma agua bendita y forma con ella cinco cruces sobre la mesa del altar, una en medio y las otras en los cuatro extremos, diciendo: «Santificado sea este altar en honra de Dios todopoderoso, de la gloriosa Virgen María y de todos los bienaventurados, bajo el nombre y la memoria de san N., en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

Entonces dá vuelta al altar siete veces y lo rocía con agua bendita, recitando el salmo *Miserere mei, Deus*, etc. *O Dios, tened compasion de mi*, etc. El Señor no escuchó los votos de Israel ni derrocó las murallas de Jericó hasta la séptima vuelta en derredor de esta ciudad. El Obispo desea que Dios oiga su oracion y colme sus deseos esparciendo sus bendiciones sobre el ara en que ha de ofrecerse la adorable víctima. En seguida, segun el espíritu de la Iglesia, el altar representa á Nuestro Señor. Todas las ceremonias y oraciones de la consagracion tienden á identificar, en cuanto es posible, el altar material y el altar espiritual: las siete vueltas refieren las siete virtudes de Nuestro Señor, y los siete viajes de este divino Pastor en busca de las ovejas, así como las cinco cruces grabadas sobre el altar, con las tres unciones de óleo é incienso, representan sus cinco llagas, la gracia que de

ellas se desprende y las tres virtudes fundamentales del Cristianismo, la fé, la esperanza y la caridad. La incensacion que termina, es el emblema de la oracion.

El Obispo rocia tres veces con la misma agua bendita las paredes interiores de la iglesia, primeramente la parte inferior, despues el medio y finalmente la parte superior empezando por el lado oriental; y volviendo al altar, bendice el pavimento. Esta ceremonia nos dice que á la purificacion exterior debe añadirse la pureza interior del alma, que no hay nada mancillado en el cielo, y finalmente, que Nuestro Señor, que salió de Oriente, ha santificado el mundo entero. El clero canta en tanto varios salmos que recuerdan la celestial Jerusalem y los bienes que el Señor reserva á sus elegidos.

El Obispo recita despues de esta ceremonia varias oraciones interesantes, pero especialmente un prefacio que perdería su mérito traduciéndolo, y en el cual expone todos los favores, gracias y beneficios que suplica al Señor conceda á los fieles que irán á adorarle en aquel templo. Terminada esta oracion, hace con la última agua bendita, con cal y arena una argamasa que bendice y empleará pronto para sellar las reliquias de los Santos en el altar.

Segunda parte. Desde la apertura de la iglesia hasta el fin de la ceremonia. Ha llegado el momento de introducir en la iglesia estos preciosos restos, que van á buscar en procesion y cantando en su honor salmos y antífonas. Llevándolos en hombros de sacerdotes que dan con el Obispo la vuelta á la iglesia exteriormente, y durante esta marcha triunfal los fieles repiten con entusiasmo estas palabras: *Kirie eleison: Señor ten piedad de nosotros.*

El Obispo dirige entonces á los fieles una piadosa ex-

hortacion sobre la dedicacion ó consagracion de las iglesias, y manda leer al Arcediano un decreto del Concilio de Trento que se refiere á ella; despues suplica al Señor que tome posesion de su templo, y marca la puerta con tres señales de la cruz hechas con santo óleo. La procesion entra en la iglesia, los fieles siguen al clero, y todos juntos andan detrás de las reliquias que van á depositarse en el túmulo del altar. Es imposible á mi parecer ser testigo de este espectáculo sin recibir una vivísima impresion; pues os transporta al último de los dias, en el que se pronunciará el juicio supremo, y la sociedad de los elegidos se elevará hácia el cielo siguiendo las huellas de su divino Gefe. La emocion es tanto mas profunda, en cuanto se cantan antífonas y salmos en que se respira el gozo y se pinta la inmortal felicidad de los bienaventurados. El Obispo recita una oracion, despues de la cual consagra con óleo santo el túmulo, donde deposita en seguida las santas reliquias con tres granos de incienso.

Esta ceremonia recuerda que en la primitiva Iglesia se celebraba el augusto sacrificio sobre el sepulcro de los Mártires, preciosa costumbre cuyo recuerdo se conserva colocando reliquias en el altar, y que se estableció sin duda segun la vision del Apóstol san Juan en el Apocalipsis: «Ví debajo del altar las almas de los que habian sido muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que tenian. Y clamaban en voz alta, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor (santo verdadero), no juzgas, y no vengas nuestra sangre de los que moran sobre la tierra (1)?» Los tres granos de incienso indican el respeto hácia las santas reliquias, y la disposicion en que estamos de rodear-

(1.) Apoc. VI, 9, 10.

las continuamente con el perfume de nuestras oraciones. El Obispo consagra en seguida el ara que ha de cerrar el sepulcro de las santas reliquias, la asegura sobre el sepulcro con la argamasa que ha hecho; y bendice despues, ungiéndola otra vez con el santo óleo: diciendo «Sea este altar sellado y santificado en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y la paz lo rodee siempre.» Despues de esto inciensa el altar por todos lados en forma de cruz y recita esta hermosa oracion: «Os suplicamos, Señor, que dirijais nuestra oracion como un incienso que nos es grato, y el pueblo fiel reportará abundantes favores; que todos los que vengan al pié de este altar á ofrecer ó participar del sacrificio, alcancen auxilios para la vida presente, el perdon de sus pecados y la gracia de la redencion eterna.» Hay grabada una cruz sobre la piedra que encierra las reliquias, y no podeis verla sin acordaros de estas inmortales palabras del Salvador: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificare mi Iglesia*, etc.

Un sacerdote, que ha recibido el incensario de la mano del Obispo, no cesa ya hasta el fin de la consagracion del altar de esparcir en torno su perfume. La Iglesia ha establecido esta ceremonia para enseñarnos que no debemos cansarnos durante toda nuestra vida, de rogar y de edificar á nuestros hermanos con nuestras virtudes. El coro entona salmos, y mientras los canta, el Obispo consagra con el óleo de los catecúmenos la mesa del altar. Las unciones, las señales de la cruz, la incensacion y diferentes oraciones cooperan á esta importante ceremonia. Finalmente, al esparcir sobre el altar el óleo santo y el de los catecúmenos, lo frota con la mano derecha, é invita al pueblo á que pida al Señor que se digne consagrar desde el cielo y bendecir aquel altar sobre el

cual acaba de derramar el óleo santo, y recibir con bondad los votos y obligaciones que irán á presentar en él los fieles.

Con anticipacion se han impreso doce cruces sobre doce columnas de la iglesia. Este número recuerda los Apóstoles que Jesucristo vino á establecer como columnas y cimientos de la verdad. Desde el principio de la ceremonia, brillan velas encendidas delante de estas cruces para advertirnos que Nuestro Señor es la luz del mundo. Las columnas que las llevan han sido bendecidas, pero aun no están consagradas. El obispo se acerca, y haciendo con el óleo santo una uncion sobre cada una de las cruces, dice: «Sea este templo santificado y consagrado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en honra de Dios, de la gloriosa Virgen María y de todos los bienaventurados, bajo el nombre y la memoria de San N.» Inciensa tres veces cada cruz, y vá al pié del altar á dirigir á Dios una ferviente oracion acompañada de bendicion. Cuando un monarca se apodera de una ciudadela, clava en ella su bandera, y mientras ondea en las torres, anuncia la victoria del conquistador. ¿Entendeis ahora la existencia de las cruces grabadas en las paredes del templo? Pero tal vez ignorais el misterio de la uncion santa que las acompaña; ella os recuerda la gracia interior que suaviza la cruz del cristiano y la trocará un dia en corona de perlas y diamantes.

El Consagrador vuelve al altar donde le presentan veinticinco granos de incienso para bendecir; forma con ellos cinco cruces, una en medio del altar, y las otras en los cuatro extremos, poniendo tambien incienso en cada una de las velas, formadas igualmente en cruz y que deben arder en los cuatro extremos. Estos granos de incienso y

estas velas son el símbolo de las virtudes que deben embellecer y consumir el corazón de los Cristianos. Si alguna vez llegais á presenciar tan misteriosa ceremonia, participaréis del Espíritu de la Iglesia, diciendo á Dios. Sí; os ofrezco mi corazón; haced que la fé, la esperanza, la caridad y la devoción lo consuman como el fuego á la cera, y que el buen olor de mis virtudes edifique la tierra y se eleve hasta el cielo.

Mientras arden en el altar las velas y los granos de incienso, el Obispo y el clero, arrodillados, cantan la siguiente antifona que expresa perfectamente el espíritu de esta ceremonia: «Loado sea Dios: venid Espíritu Santo, llenad los corazones de vuestros fieles, y abrasadlos con el fuego de vuestro amor.»

Uno de los presbíteros asistentes recoge en tanto con respeto la ceniza del incienso y de las velas para arrojarla en la piscina, mientras el Obispo recita una oración y un prefacio para pedir á Dios que confirme en el cielo lo que acaba de verificar en la tierra, y que tenga siempre por grato el sacrificio que se ofrecerá en aquel templo y altar. Finalmente, para completar esta solemne consagración, el Obispo hace con el santo óleo una cruz en medio de la parte anterior del altar y en las junturas de los cuatro ángulos que sostienen la mesa, acompañando esta unción dos oraciones que parecen resumir todas las oraciones empleadas durante la augusta ceremonia.

Revisten entonces el altar con sus ornamentos que el Obispo bendice, si ya no lo ha hecho, y encienden las velas que lo adornan y las que se han colocado en el santuario y en toda la Iglesia. Hasta entonces solo estaban encendidas las velas puestas delante de las cruces hechas sobre las columnas y las de los acólitos. Aquella casa no

es ya morada de tinieblas, sino de luz, y aquellas velas enseñan á los que allí vayan á orar *que no son hijos de la noche ni de las tinieblas, por consiguiente no deben morir como los otros, sino antes velar y vivir con templanza* (1). La augusta ceremonia termina con el santo sacrificio de la Misa, y el Obispo pronuncia en el nuevo altar las palabras misteriosas de la consagración, que abren el cielo y hacen que descienda á aquel templo el Dios que allí va á morar.

Los fieles deben asistir á la consagración de una iglesia con la mas sincera devoción, y si desean sacar de ella frutos abundantes, penetren en el espíritu de estas interesantes oraciones maravillosas, apropiadas á su posición y á sus necesidades. Según hemos dicho la primera parte de esta ceremonia les recordará que estan desterrados en la tierra, y que han de hacer todos sus esfuerzos para llegar á la patria celestial; y la segunda, que lo que pasa en su presencia en el templo, será para ellos una figura y un goce anticipado de las alegrías y de la felicidad de la ciudad bienaventurada que gozarán en el cielo (2). Cada oración y cada acción del Pontífice consagrador será para ellos una lección de santidad. En efecto, las iglesias solo se consagran, dice San Bernardo, á causa de nuestros cuerpos; nuestros cuerpos á causa de nuestras almas, y nuestras almas á causa de Dios. Nuestros cuerpos son, por consiguiente, templos vivos que deben ser mas santos que los templos materiales; han sido purificados con el agua del bautismo, sellados con el sello de Dios, que ha grabado su ley en nuestro corazón, ungidos con la unción.

(1.) I Thes. v, 5. 6.

(2.) Véase *Pontifical romano y Espíritu de las ceremonias*.

del Espíritu Santo en los Sacramentos, iluminados con las luces del Evangelio para que jamás hagamos las obras de tinieblas, y finalmente bendecidos, pues el Señor los ha libertado de las vergonzosas cadenas de las pasiones y les promete la inmortalidad gloriosa. De aquí procede el que se muestre tan celoso de la santidad de estos templos vivos: «Perderé, dice, al que viole mi templo, y mi templo eres tú.»

La dedicacion de nuestras iglesias no solamente nos recuerda que somos el templo de Dios, sino tambien que somos sus arquitectos y sus custodios. Bajo este doble título debemos hacer por nuestro templo vivo lo que se verifica respecto de los templos materiales; debemos edificar con la fé, la esperanza, la caridad y las virtudes cristianas, que labran en cierto modo las piedras del edificio; debemos adorar, colocar en él un altar y ofrecer sacrificios; y debemos abrir y cerrar este templo en los momentos oportunos, limpiarlo, restaurarlo y conservarlo siempre en un estado conveniente á la santa magestad de Dios que en él reside. ¿Lo hacemos? ¡Oh baldon! ¡cuántos hombres hay que cuidan mas del pesebre de los animales que del templo del alma!

III. *Razones de ir á la Iglesia.*—Hombres, cualesquiera que seais, templos vivos de Dios tres veces santo, ¿quereis conservar eternamente sin mancha, ó purificar pronto este augusto santuario? Id con frecuencia al templo santo; os compadezco si no vais, pues el hijo que abandona la casa paterna no es buen hijo, y nunca será buen hermano, buen esposo, buen padre, ni buen ciudadano. Justos, no teneis asilo mas seguro ni mas sagrado que el templo del Altísimo; si os alejais de este lugar sagrado, si vuestras miradas se desvian de los objetos del cielo para

dirigirlas á las vanidades del mundo, pronto arrastrará vuestra alma el torrente de la costumbre; débiles tallos, os troncharéis; columnas separadas del edificio del santuario, no podréis sosteneros solas y caeréis á pedazos, aplastadas por vuestra caída; sí, justos, si os alejais de la Iglesia seréis tentados, y prevalecerá el enemigo. La onda mas pura pierde su transparencia, pues el paso de un insecto la turba, y el soplo del viento la agita y arruga su superficie: vuestro corazon es la imagen de esta onda.

Si el templo del Señor es para el justo un lugar de oracion y consuelo, para el pecador arrepentido es un lugar de luz y de paz, donde fué declarado hijo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero del cielo por la gracia del Bautismo, donde ha renunciado al siglo y á sus pompas, y no puede ocultarse que falta sin cesar á sus obligaciones y que ya no habita en él el Espíritu Santo. En un lado ve los tribunales sagrados, donde conmovido con las exhortaciones patéticas de un director celoso ha prometido cien veces á Dios cambiar de vida y mortificar sus inclinaciones; sus ojos se dirigen en otro lado hácia el altar donde sustentaba en otro tiempo su alma con el Cuerpo y la Sangre adorable de Jesucristo, que espiró en la cruz para libertarle de la esclavitud del pecado y la tiranía del ángel rebelde; mas allá se encuentra el púlpito donde no se ha cesado de partir el pan de la palabra evangélica y de distribuirlo á las almas fieles, donde pastores llenos de la ley de Dios y de la ciencia de la salvacion combaten los desórdenes de su vida descubriéndole sus temibles consecuencias.

¿Qué más podemos decir? Sobre las lozas santas está prosternada una alma piadosa, un hombre virtuoso, un verdadero cristiano cuya piedad lo condena, cuyos ejem-

plos le confunden; él mismo, al andar sobre las cenizas de sus antepasados, siente que los deshonra con el oprobio de su vida, y desde el fondo de sus sepuleros, que parecen entreabrirse, sus padres le reprenden su impiedad y sus extravíos. Finalmente, la muerte sale con estruendo de las entrañas de la tierra, arrastrando en pos ataúdes, huesos y despojos manchados de sangre y polvo, y se presenta á sus ojos bajo la figura de un espectro espantoso, abriendo delante de él la huesa que pronto ha de recibirle. Todo el templo le acusa, en fin, y le habla de su ingratitude y de los beneficios de Dios. El temor de los castigos, unido al dolor de haber ultrajado á Dios y haber sido tanto tiempo su enemigo, no tarda en producir en el alma del pecador un principio de amor, el cual sin cesar de aumentarse apacigua los remordimientos, devuelve la paz, y es el principio de la justificación.

Vayan, pues, los pecadores á los templos á buscar su perdón á los pies del que es la resurrección y la vida. Grande es el mal, inveterados los hábitos, y el pozo profundo, pero Jesucristo colmará el abismo, y reinará la justicia donde había abundado la iniquidad (1).

Cada iglesia está dedicada bajo la invocación de un Santo, que es un protector y un modelo que da la Iglesia á los habitantes de una parroquia, y es un lazo más entre la Iglesia de la tierra y la del cielo. Inútil es decir que los fieles deben celebrar la fiesta de su Patron con santa alegría y sincera voluntad de seguir sus pasos, pues cualquiera que sea nuestra posición, se hallan virtudes que imitar en la vida de cada Santo.

(1.) Butler, *Dedicacion.*

EDICTO DIOCESANO

DE LA

Sagrada Mitra de Querétaro,

Con motivo de la Dedicacion y Consagracion del templo de la Congregacion guadalupana y de la festividad nacional que debe celebrarse el 12 del próximo Diciembre,

EN HONOR

DE NUESTRA INSIGNE PATRONA Y ABOGADA,

LA SANTISIMA VIRGEN MARIA,

EN SU MEXICANA ADVOCACION

DE GUADALUPE.



QUERÉTARO.

Imp. de Luciano Frias y Soto,

Flor-baja número 12.

1888.